



Vol. 11, No. 2, Winter 2014, 412-418

Review / Reseña

Mabel Moraña. Ignacio Sánchez Prado (eds.) *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Madrid: Iberoamericana. Vervuert, 2012.

Dime lo que sientes: afecto y globalización en *El lenguaje de las emociones en América Latina*

Karina Miller

California State University—San Marcos

Stephen Greenblatt (se) pregunta en un ensayo sobre el término cultura: “How can we get the concept of culture to do more work for us?”¹ Este interrogante resuena también en la propuesta teórica de *El lenguaje de las emociones* que, en la presentación de Ignacio Sánchez Prado, se plantea de esta manera:

El gradual e inexorable declive del poder explicativo de los vocabularios de los estudios culturales latinoamericanos en los

¹ “Culture” en *Critical Terms for Literary Studies*, Frank Lentricchia and Thomas McLaughlin eds. (Chicago: U of Chicago P, 1990), 225-232.

últimos años ha dejado en claro la necesidad de nuevas formas de aproximarse a la cultura desde ese ángulo afectivo que, en la mayoría de los casos, ha sido leído como poco más que un síntoma de procesos políticos e ideológicos subyacentes. (12)

Esta aproximación resulta más productiva aún en el planteo del volumen de ubicar la diversidad de paradigmas que constituyen el estudio de la afectividad como una forma de “superar distintos *impasses* generados por la institucionalización de discursos originalmente concebidos como disidentes” (12). De esta manera, *El lenguaje de las emociones* propone el desafío de reinterpretar producciones culturales contemporáneas y canónicas de la cultura latinoamericana a partir del afecto y las emociones.

Desde el inicio se pone de manifiesto la multiplicidad de interrogantes y abordajes teóricos y temáticos de las distintas secciones del libro, que abarcan un amplio espectro cultural, profundizando así en una interpelación afectiva de la cultura. Esta interpelación adquiere sentido en la intención “de no reducir la cuestión de los afectos a un paradigma identificable, sino de reflexionar de manera colectiva sobre el enorme potencial que los lenguajes críticos del afecto, la emoción y la sentimentalidad tienen para una posible reinterpretación de producciones canónicas de la cultura latinoamericana” (13). Es justamente la materialización de ese potencial lo que constituye uno de los más interesantes aciertos del volumen: los veinte ensayos reunidos aquí abordan tanto problemáticas que han sido tradicionalmente asociadas a la construcción de la hegemonía (globalización, política y consumo) como los más recientes abordajes sobre género y afectividad, el espacio afectivo de la frontera, la economía libidinal en el capitalismo tardío, el cine y la relación entre música y emociones.

El libro es resultado del simposio “Reading Emotions in Latin America,” y está dividido en cuatro apartados—enmarcados por la presentación de Sánchez Prado, el artículo “La batalla de las ideas y las emociones” de Roger Bartra, y el *postscriptum* subtulado “El afecto en la caja de herramientas” de Mabel Moraña. La agrupación temática de los apartados es la siguiente: “Afectividad, globalidad y política”, “Género, afecto y ficción”, “Expresión musical y emocionalidad” y “Textualidad, afecto y esfera pública”.

El ensayo de Bartra, como su título lo indica, plantea la articulación de una serie de dicotomías que derivan de la oposición entre ideas y emociones, configurando un recorrido que explora polaridades en la pintura (como manifestación de sentimientos) y el dibujo (como manifestación de racionalidad), así como también cuestiones relacionadas al barroco (representativo de las dualidades emocionalidad y racionalidad) y las “querellas” intelectuales en América Latina sobre lo que Bartra denomina “cronopía barroca y epicúrea” y “famística gótica y estoica”. En estas disquisiciones resurgían, según el autor, tanto “la vieja lógica entre nacionalistas y universalistas” (18), como las culturas “de la sangre y de la tinta” (19) encarnadas respectivamente en exhortaciones a identidades nacionales y escrituras que indagan en una pluralidad de tradiciones. Bartra examina las implicancias ético-políticas de subjetividades formadas en el seno de procesos globalizadores, especialmente en el espacio político dejado por la crisis de la izquierda y por el resurgimiento de identidades construidas en base a un culto a la conciencia nacional (35). Como señala Mabel Moraña en su *“Postscriptum”*: “La cultura política tercermundista habría quedado en ruinas, y no sabemos aún hacia dónde nos dirigimos. Ésta es una coyuntura que favorece, según Bartra, el resurgimiento del interés en las pasiones y los afectos” (335).

El primer apartado del volumen reúne los artículos de Abril Trigo, Juan Poblete, Ana del Sarto y Dierdra Reber, centrados en preocupaciones que articulan afectividad, globalización, trabajo, economía, consumo, violencia y conocimiento. Trigo nota que la globalización trae consigo una novedad fundamental: la lógica de expansión del capitalismo que hace coincidir la producción de riqueza y *jouissance*, trabajo y deseo (42). La lógica del neoliberalismo y el capitalismo global y su relación con los afectos también está presente en el análisis de Poblete, que investiga zonas de contacto entre los Estados Unidos y México en el contexto de la globalización neoliberal “post-social”, “cuya racionalidad deriva de la versión neoliberal de la economía...” (57). De acuerdo a Poblete, la experiencia de la frontera se inscribe en los cuerpos como extensión y consecuencia de la lógica del capitalismo postindustrial y post-social. Esta lógica sirve de contexto al estudio de Del Sarto, que investiga las relaciones

entre el modelo laboral de Ciudad Juárez y la afectividad que se desprende de éste, en especial en la configuración de la subjetividad de las mujeres trabajadoras, migrantes y de bajos recursos.

Dierdra Reber identifica un cambio de paradigma crítico en el análisis de dos películas argentinas recientes: *El secreto de sus ojos* (2009) y *La mujer sin cabeza* (2008), en el que “ ‘Pienso, luego soy’ ha cedido a ‘siento, luego soy’, como nuestro nuevo *cogito*” (94). Desde esta perspectiva, la incorporación del lenguaje de los afectos a la crítica funcionaría como herramienta de resistencia y cuestionamiento a la cultura hegemónica.

El apartado “Género, Afecto y Ficción” reúne trabajos de Susan Hallstead, Ana Pizarro, Idelber Avelar, Claudia Ferman y Ana Peluffo, trasladando la preocupación por el contexto económico-político hacia la intersección entre género y afectos. El artículo de Hallstead vincula la moda a las emociones, enfatizando la capacidad de ambas de producir sentido en el ámbito social y de problematizar la división entre el ámbito público y el privado. Este ensayo remarca además la función del género y las emociones, el consumo de la moda y su articulación con discursos hegemónicos sobre la familia y la sociedad. Lo que Hallstead denomina “política de la frivolidad,” pone de manifiesto la ambigüedad que reside en el rol de la mujer como consumidora de moda y como modelo familiar. De la misma manera, Ana Pizarro estudia la correspondencia amorosa entre Ángel Rama y Marta Traba, que se ubica en este espacio liminar entre lo público (la mirada del crítico, el rol de intelectual) y lo privado (la intimidad amorosa) que Pizarro identifica en un cambio de registro narrativo. Esta confluencia entre lo personal y la política, propia de los años sesenta, es retomada por Idelber Avelar en su análisis de las memorias de Fernando Gabeira, ex guerrillero brasileño que cuestiona la imagen de la masculinidad en el contexto de la lucha armada en los años de dictadura militar en Brasil. Claudia Ferman explora la representación de la masculinidad en Bolaño, Feinmann, Saer y Gutiérrez, y afirma que los textos estudiados crean un espacio en el cual los afectos se definen en torno al género (masculino) en contra de una narrativa tradicional de la sexualidad. En este análisis los cuerpos representan espacios de cambio que

plantean contradicciones políticas y actúan “más allá de la memoria del trauma” (169). El artículo de Ana Peluffo propone un análisis de la ficcionalización de las emociones en una novela del escritor argentino Alan Pauls, con la finalidad de indagar en los usos políticos de la afectividad. Peluffo plantea la siguiente pregunta: “¿Cómo dialoga esta visión del pasado con el reciclaje afectivo que hacen los gobiernos de centro-izquierda del imaginario revolucionario setentista?” (177) Desde esta perspectiva, el llanto representa un exceso afectivo que desafía la “política de la contención y el desapego” y, al mismo tiempo, deviene índice para explorar la memoria no oficial.

El tercer apartado reúne ensayos enfocados en expresión musical y emocionalidad; si bien la primera impresión sugiere que éste representa un desvío temático del resto de los ensayos agrupados en la articulación general entre afectividad y política, la conexión con estos temas no está ausente. Ángel Quintero Rivera estudia la representación de la danza desde la problemática racial asociada al sistema esclavista y sus implicancias en el presente global. María Rosa Olivera-Williams propone una aproximación al tango como afecto que articula “tanto los impactos de la modernización (...) como los impactos de la postdictadura en la fragmentación de la postmodernidad, que reclama la acción de la memoria y al hacerse memorias se carga de subjetividad...” (212). Daniel Party examina los cambios en el lenguaje y la técnica musical y expresiva del bolero para analizar las implicancias que éstos tienen en la creación de subjetividades de género, especialmente en su resignificación “como expresión transgresiva *queer*” (235).

El cuarto apartado del libro reúne los trabajos de Adela Pineda Franco, Román de la Campa, Livia de Freitas Reis, Héctor Hoyos, Juan Pablo Dabove, y cierra con el “*postscriptum*” de Mabel Moraña. El ensayo de Pineda estudia la representación de los afectos en una novela de la revolución mexicana que hace alusión a la apropiación de tecnologías visuales por parte de diversos caudillos. De acuerdo a Pineda, tanto la identificación entre el público y los personajes de la pantalla como la emoción social que éstas tecnologías visuales generan, producen una ilusión de realidad que intenta bloquear el desarrollo del pensamiento

crítico. Román de la Campa identifica, asimismo, el potencial afectivo que, en este caso, emerge de la figura del exilio en novelas de Roberto Bolaño. Esta representación de la desterritorialización geográfica y cultural se encarna, entre otras cosas, en el uso del lenguaje que vincula la escritura con una idea de cultura y de nación. Livia de Freitas propone una perspectiva multidisciplinaria en su análisis de la estética de la violencia brasileña en la literatura, la música rap y un cortometraje documental. Según la autora, no hay lugar para los afectos en estas representaciones de la violencia urbana, la droga, la discriminación racial y la corrupción policial. En palabras de la autora de este artículo: “[l]os textos muestran una realidad cruel, horrible, violenta, casi insoportable, y los que las describen lo hacen a partir de otro enfoque, generando un híbrido de ficción, crónica y testimonio que tensiona internamente la dualidad entre vida y muerte” (282). La reflexión sobre la violencia es punto de contacto con el ensayo de Héctor Hoyos, que trabaja la afectividad en una novela colombiana en la que la representación de la brutalidad apela a la agencia política, produciendo una “conmoción interior” e interviniendo en “la imaginación política del lector, proponiéndole un horror distinto” (293). Juan Pablo Dabove se centra en la fascinación (como mezcla de horror y atracción y como “potencia *poiética*”) que produce la figura del Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez. El crítico indaga en un aspecto específico de esta *poiética*, cuyo *locus* es la “voz” y cuya particularidad reside en la identificación de Chávez con una tradición de caudillos insurgentes. Esta interesante asociación entre Chávez y el insurgente/bandolero Maisanta permite a Dabove indagar en las estrategias discursivas que apelan a la afectividad popular y sus implicancias en la construcción de su figura como mito. Cierra el volumen el *Postscriptum* de Mabel Moraña, cuya primera parte da cuenta de la diversidad de posturas teóricas que constituyen el llamado giro afectivo de la crítica, asociándolas con diferentes fenómenos y procesos sociales-culturales que se producen como consecuencia de la globalización. Estos fenómenos (avance de la tecnología comunicacional y mundos virtuales, nomadismo, violencia y terrorismo, catástrofes naturales, entre otros), expresan y exponen la necesidad de una perspectiva crítica centrada en el

afecto para el estudio de diversas manifestaciones de lo social. En su lectura, Moraña resalta el rol del elemento pasional en el proceso de formación de mecanismos de dominación y marginalidad. Dice:

(...) el impulso afectivo—en cualquiera de sus manifestaciones emocionales, sentimentales, etc.—moldea la relación de la comunidad con su pasado, las formas de lectura con su presente y la proyección hacia el futuro posible, deseado e imaginado en concordancia o en oposición a los proyectos dominantes. (315)

En otras palabras: la naturaleza doble de los afectos que, al mismo tiempo, constituyen e interrogan críticamente fenómenos propios de la postmodernidad y el capitalismo tardío, supone también su potencial emancipador para el abordaje de la cultura. El *postscriptum* hace una recorrida teórica exhaustiva por las principales corrientes del pensamiento occidental que estudian la subjetividad, los afectos y las emociones en el campo intelectual europeo, estadounidense y latinoamericano. Moraña comenta el potencial creador de los afectos como paradigma crítico:

(...) a través de *afectar* y *ser afectado* el sujeto participa de una dinámica de interpelación que, lejos de ser mecánica o deliberada, se abre imprevisiblemente a la creatividad de la resistencia y el cambio. El individuo es requerido y activado afectivamente por el mundo y a partir de los afectos articula esos requerimientos y desarrolla formas de agencia (*agenciamiento*) anteriores y exteriores a la racionalidad del Estado, fuerzas a-teológicas, fluctuantes y nomádicas.

El lenguaje de las emociones abre la interrogación crítica de la cultura a lo impredecible, o mejor dicho, a su potencial movilizador. Constituye una lectura obligada para los estudiosos de la cultura latinoamericana y, sobre todo, para los que—como en la cita de Greenblatt—esperan que la idea de cultura funcione como un concepto dinámico, al que pueda interrogarse constante y productivamente, como lo propone esta antología.